

Gaceta del Consejo

*Gasete del Consell * Kontseiluaren Aldizkaria * Gaceta do Consello*

Núm. 3

Abril de 2001

Editorial

Del mismo modo que el acto puede extraviarse en el universo de las normas, y éstas engordar infinitamente como el campo de la supresión de la diferencia, el psicoanálisis puede anegarse en una Escuela hecha de preceptos. Y también la élite puede ser un modo de conformidad. No se trata entonces de la opción entre querer o no querer pasar inadvertido, sino de estar advertidos, uno por uno. Para eso, en efecto, se precisa mucho arte.

Antoni Vicens

La Presidenta

Próximamente tenemos la segunda cita de la ELP que se corresponde a sus I Jornadas, cuyo tema es “El extravío del acto y de las normas”, un tema que permite ser abordado desde distintos ángulos y que puede ser de interés para muchos.

Al pensar en el acto está de fondo la ética. De una forma sencilla, los principios que rigen dicho acto y sus consecuencias. Jacques Lacan aborda este problema del acto en psicoanálisis en su Seminario *El acto analítico* (1967-68), que viene después del “Acto de Fundación de la Escuela” y de la “Proposición del 9 de octubre”; y es el Seminario que dicta el año anterior a la aceptación de la proposición del dispositivo del pase por los miembros de la Escuela Freudiana de París. (Ver Jacques-Alain Miller, *El banquete de los analistas*, “Del Acto a la Proposición”).

Vemos pues que este tema, que en un principio puede parecer tan clínico, se anuda rápidamente con la política que se da la Escuela y por tanto con la ética. La política de nuestras Escuelas lleva implícita la ética que se sostiene en el discurso analítico, y que, como nos señala Jacques-Alain Miller, no es una ética cuyo peso recae exclusivamente en las intenciones, sino en las consecuencias. Esta “ética de las consecuencias” encuentra su apoyo en la concepción que del acto analítico nos ha transmitido Jacques Lacan.

Por ello, la Escuela tiene que estar despierta para poder calibrar si sus realizaciones, actividades, trabajos, tienen como consecuencia el sostén del discurso analítico o se produce rápidamente un deslizamiento a la consolidación del discurso del amo. Por ello cuando la Escuela se desliza por esta pendiente, cualquier enseñanza, investigación, aporte teórico, trabajo institucional, adquiere un carácter preceptivo que nos aleja del concepto y que nos lleva al refuerzo del discurso del amo en su figuras más imperativas.

Que nuestras Escuelas sirvan para lograr que el discurso analítico cumpla su deber en el mundo: “jugar la partida frente al discurso capitalista”, y no solamente para que el

psicoanálisis subsista, hace que en este momento la pregunta por la formación del analista sea central en nuestras Escuelas. ¿Qué analista es el que conviene al discurso psicoanalítico que sostienen las Escuelas de orientación lacaniana? No parece ser el que se conforme con la subsistencia del psicoanálisis. Como vemos, el elemento ético vuelve a estar convocado cuando hablamos del deber del psicoanálisis en el mundo.

El tema de nuestras Jornadas puede ser interesante para entrever estas cuestiones, sobre todo cuando se trata de los extravíos del acto y las normas. El extravío que nos interesa tratar es el que nos aleja de nuestro deber con respecto a la causa analítica.

Mercedes de Francisco

El Papel del Consejo

El Consejo ha ido realizando sus tareas conforme a la urgencia con que se planteaban las cuestiones imprescindibles para su funcionamiento. Se trataba, sin duda, de hacer posible una praxis asociativa necesaria para la puesta en marcha de la transferencia de trabajo en nuestra nueva comunidad analítica.

Había, en verdad, mucho trabajo para hacer. Desde posibilitar los cauces de la transmisión de las informaciones hasta las tareas administrativas y de tesorería. Los responsables encargados de ello han cubierto muy satisfactoriamente esas necesidades básicas para que pueda funcionar un colectivo. Pero, desde el principio, el Consejo ha tenido claro que no había que dejarse llevar por la eficiencia burocrática, pues sabemos que el saber burocrático por sí solo conduce a un automatón que obstaculiza el discurso analítico. Ya en su comienzo, el Consejo ha tenido presente la pregunta que explicitaba la presidenta, Mercedes de Francisco, en el número 1 de esta Gaceta: “La diversificación de las actividades en las Sedes y Comunidades de la ELP de la que hablamos en nuestra Asamblea, ¿van a favor de la transferencia de trabajo entre sus miembros?” Y recordaba a Jacques-Alain Miller cuando advierte del riesgo de que el “activismo” pueda ir en detrimento del “lazo epistémico”.

En efecto, tenemos ya hoy una Escuela cuyas sedes y comunidades funcionan, y hay una buena transmisión de las informaciones, pero sabemos que el progreso del trabajo no es una “acumulación de actividades”. Se trata de ir pudiendo leer en ese conjunto de actividades la efectuación del progreso que nos interesa: el avance en la tarea de formación del analista, eje prioritario para nuestra Escuela.

Así el Consejo ha funcionado, con sus largos debates, como un *taller* de elaboración sobre la experiencia de la Escuela. Como señala José Rodríguez Eiras en el número 2 de la Gaceta: “Es necesario entonces que la ELP sea un lugar donde se haga posible la interpretación de la propia experiencia, donde la transferencia de trabajo permita reagrupar los hechos, reordenarlos, clasificarlos de tal forma que permitan ver que hay una experiencia de lo real.”

Y para llevar a cabo ese trabajo es fundamental mantener la interlocución entre el Consejo y las Sedes y Comunidades, así como con el conjunto de los miembros de la Escuela. Esto va siendo, en mi opinión, algo que define el nuevo estilo de esta Escuela de la era internet. Como todos podemos ver, hay un debate virtual permanente sobre el conjunto de las cuestiones de actualidad en nuestro trabajo. Se debate sobre los eventos a realizar, circulan las propuestas y las bibliografías, y cada vez es mayor la incorporación de los colegas a esta actividad. Ello permite al Consejo contar con un mayor número de datos e informaciones para realizar sus debates y elaborar sus propuestas. Es el camino para materializar esa dialéctica entre lo Uno y lo Múltiple que debe caracterizar a la ELP. El

Consejo, como ha reiterado la presidenta, invita a todos sus miembros a participar en este proceso. Es imprescindible para alcanzar nuestras metas.

Iñaki Viar

Temas de Escuela

La Escuela como comunidad de experiencia y como experiencia subjetiva

Reflexiones sobre Comunidad y Escuela

El documento de trabajo a partir de cuya discusión comenzaron las últimas Jornadas Andaluzas incluía un apartado dedicado a reflexionar acerca de la Comunidad y la Escuela. En aquella ocasión tuve la oportunidad de redactar un texto en relación con los acontecimientos que conmovieron a la Asociación Mundial de Psicoanálisis entre 1996-1998. Una crisis planteada entre lo contingente y lo estructural, entre la repetición y la novedad.

Desde la perspectiva actual, intentaré esbozar los puntos candentes sobre los que planteé aquél trabajo, que creo que atañen a la articulación entre la experiencia subjetiva, la que hace referencia al análisis personal, y la experiencia colectiva relacionada con lo institucional.

Lo primero que me llamó la atención fue la relevancia, como telón de fondo, de la política lacaniana. Una política que preconiza lo real como la brújula que nos orienta en lo que está en juego en un análisis, así como las consecuencias que inciden en el ámbito del grupo.

En segundo lugar, hay que hacer referencia de nuevo a los grupos, porque existían al comienzo de la AMP. La Escuela, en tanto significativa, los reorganizó de otra manera. El paso de lo grupal a una forma más elaborada de comunidad – una Escuela – implica una pérdida. Por lo tanto también implica un deseo especial y clarificado de los miembros del grupo en relación con la causa analítica.

Otra cuestión que resaltaba era la de que al comienzo de la crisis estaba la calma, el equilibrio entre las Escuelas y la AMP. Así lo señalaba Miller. Una falsa calma, podríamos decir, puesto que los falsos debates se hacían escuchar de forma solapada. Frente a esto podemos plantear una Escuela como un lugar incómodo que evite la rutina. Al menos que evite las discusiones eternas que reintroducen prácticas grupales.

A continuación me referiré a la existencia de un momento crucial, donde la decisión del “a cielo abierto”, iniciada en 1990 por Jacques-Alain Miller, jugó un papel preponderante. Miller hablaba en primera persona, su lugar de inventor estaba más claro, más difícil de enmascarar a través del mito maravilloso de un grupo de pares (Eric Laurent en “La Escuela Una en la AMP”). Se veía claramente que lo que estaba en juego en la AMP era la aceptación o no de una determinada orientación política derivada de su lectura de la enseñanza de Lacan.

Directamente relacionado con lo anterior se plantea el abordaje de la crisis a través de la Conversación. A partir de aquí se inaugura un nuevo tratamiento del malestar. La conversación se revela como un instrumento, una herramienta para el desarrollo de la política del psicoanálisis, es decir, una política relacionada con el deseo del analista. A ello

contribuyen de manera efectiva las nuevas tecnologías, Internet en este caso, y las publicaciones electrónicas que a la sazón se inventaron.

Asimismo, el pase se planteó como elemento central en el desencadenamiento de la crisis y, de forma particular, la discusión sobre los tres criterios en la elección de un Analista de Escuela. Los criterios clínico, político y científico. En esos momentos cobra una especial relevancia el nivel político como el que corresponde al compromiso con la institución, como el criterio que permite a alguien tomar a su cargo la experiencia de la Escuela. La crisis fue un momento de trabajo para los AE sobre los problemas cruciales que afrontaba la institución analítica, puesto que su principal función consiste en ser analista de la experiencia de la Escuela y, a partir de sus interpretaciones, promover su resignificación. Por tanto, el pase como “acontecimiento clínico” y el pase como “apuesta institucional” son, en la orientación lacaniana, inseparables.

Por último, me parece que la experiencia de la Escuela es una experiencia subjetiva que se aúna en una experiencia colectiva. El punto de dificultad creo que está en cómo articular una experiencia particular, el uno por uno, una experiencia subjetiva en una experiencia colectiva, en una experiencia de Escuela. En primer lugar habría que tener en cuenta la transformación del “trabajo de transferencia” en “transferencia de trabajo”, puesto que sabemos que esta última constituye el motor de la vida de la Escuela. En segundo lugar porque depende de cómo se organice un grupo analítico para que se dé oportunidad o no a su discurso. Y, precisamente, una Escuela es una experiencia que favorece el discurso analítico en torno a no saber qué es un analista. Por tanto, y como dice Jacques-Alain Miller, al ser una experiencia que favorece el discurso analítico, y definir al analista de la Escuela a partir de la propia experiencia analítica, favorece la importancia del propio análisis.

Blanca Fernández

La abertura freudiana

Los acontecimientos de los últimos años, la frescura de la ELP ofreciendo una intensa producción de trabajo en su primer año de vida, así como ese Curso [*El banquete de los analistas*] que está siendo objeto de trabajo en todas las Sedes, han hecho que se diera marcha atrás en la moviola hasta aquellos acontecimientos que hicieron posible que hoy esté inmersa en todo esto.

¿Qué decir de la Escuela como experiencia personal? ¿Qué significa formar parte de ella?

Corría la segunda mitad de los años '80; era para mí un momento de desconcierto en un camino que venía realizando en solitario tras no encontrar lo que buscaba en otra institución analítica. Un encuentro se producía poco después de haber tomado contacto con la enseñanza de Jacques Lacan, que obviamente me había remitido de nuevo a Freud. Leer a Lacan implicó, como decía Judith Miller en su artículo “¿Por qué la disolución?” (*Uno por Uno* 6/7, 1990): “Leer su historia donde explica cómo fue obturado el descubrimiento de Freud”. Esta corta frase lleva implícita la concepción misma de la Escuela e implica la posición que se espera de los analistas y no analistas que quieran formar parte de la misma.

Eran momentos de incertidumbre, y llamaron mi atención un grupo de colegas que hablaban un idioma duro y desconocido para mí. Su presencia plagada de discusiones apasionadas tuvieron el efecto de un terremoto. Había en ellos un movimiento enormemente vivo que hacía mostrar su pasión, sin pudor alguno, a cielo abierto. Era la primera vez que observaba una actitud semejante entre psicoanalistas. Un grupo por demás

heterogéneo, en el que tanto analistas como analizantes, y los que consideré como la plana mayor, los altos cargos, que según mi entender deberían estar reclusos en su *sancta sanctorum*, estaban sin embargo también allí, en ese ruedo, luchando por el futuro del Campo Freudiano en unas tierras que ni siquiera eran las suyas. Sorprendida y fascinada, me vi envuelta en esa vorágine.

Curioso fue comprobar que en esos momentos estaba sobre el tapete una pregunta que yo venía haciéndome hacía años y para la que no hallaba respuesta: ¿qué es ser un analista?

Así se iniciaba un camino que marcó desde entonces mi andadura. Nada que conllevara una calma o una fácil acomodación; más bien se trató de un caminar lleno de interrogantes, de trabajo, de inquietudes y de un compromiso con la Causa Freudiana que hasta ese momento desconocía.

Pude entender que Freud no había querido que su teoría se convirtiera en una obra finalizada, cerrada, provocando mediante la metapsicología y la segunda teoría pulsional lo que podría considerarse una abertura definitiva, y que Lacan había asumido esta causa de Freud comprometiéndose con ella desde el primer momento de su enseñanza. Más tarde, con la introducción de la ley del lenguaje, esa causa sería para siempre una abertura.

En 1990, Jacques-Alain Miller consideraba que era momento de repensar el psicoanálisis, nada más y nada menos. Nada está nunca ni acabado ni cerrado, y en ese momento se iba a cuestionar, no solamente el psicoanálisis, sino también los grupos que lo venían sosteniendo. Se estaba planteando la relación de los analistas con sus analizantes y con los otros analistas, lo que llevaría a una clínica del discurso analítico.

Esta propuesta de Miller es una muestra más de lo que implica la escuela de Lacan y su continua dinámica. En el inicio de la década de los noventa se está planteando un tema que tendrá valor actual diez años después, al mismo tiempo que está en relación con el planteamiento que el propio Lacan había hecho en el Acto de fundación, y asimismo en el momento de la disolución de la EFP. Hay que estar siempre alerta para denunciar, si así fuera necesario, el efecto de los grupos y la corrupción que implica en ellos ese “nosotros”. Para paliar los efectos de ese “nosotros”, Miller nos ofrecerá el concepto del éxtimo.

Así, hay que estar vigilante para tratar de evitar los estragos que en la comunidad analítica se producen cuando las relaciones se fundan en el fantasma, en el síntoma, en los modos de goce de cada cual.

Ese estar alerta está presente desde el principio en todo el desarrollo de la enseñanza de Lacan, desde el mismo Discurso de Roma hasta el Seminario de la disolución. Y esa posición compromete a cuantos quieran formar parte de su Escuela.

Lacan funda una Escuela, no una Sociedad ni una Asociación. “Fundo, dice, tan solo como siempre lo estuve en mi relación con la causa analítica (...)”. Un paso más en su camino que representará una nueva herramienta de trabajo, pero cuando los efectos de esta herramienta pudieron obstaculizar su fin, fue preciso actuar con decisión contra la misma. Deshizo algo por lo que había trabajado muchos años, y en ese acto de disolución está implícito el mismo fin que en el acto de fundación. Judith Miller, en el citado artículo, dice que disolver la Escuela Freudiana de París debía entenderse como la última enseñanza que Lacan nos dejaba, porque una vez más se trataba de salvar la causa freudiana de los que estaban en el primer rango para traicionarla. Una vez más, se trataba de proteger al psicoanálisis de los propios analistas. Ese acto planteaba entonces y plantea hoy en nuestra reciente ELP la misma exigencias de retornar a la causa y de seguir dando cuenta de ella.

El fin para el que se crea una escuela no puede encorsertarse en las normas de una institución, y es desde esa posición que los analistas quedarán afectados por su significante, sabiendo que el lazo que se ofrece entren ellos es un lazo social pero no grupal, de forma que pueda evitarse algo de la obscenidad imaginaria; lo que no es nada fácil y no siempre se está dispuesto a ello: lo sabemos muy bien porque lo hemos visto en demasiadas ocasiones.

Puede resultar paradójico que, a pesar de los avatares a que se está sometido en esta Escuela, al mismo tiempo nos ofrezca una solidez y una gran seguridad en el proceso de

formación, que obliga y entusiasma y que marca un duro pero atractivo camino en el que en ningún momento uno ni puede ni debe acomodarse.

Desde otra perspectiva ha sido para mí de gran valor el que cada uno pueda disponer y compartir los conocimientos y experiencias de trabajo de los otros mediante los múltiples dispositivos de transmisión que continuamente se vienen creando y que ejerce un efecto multiplicador que acorta las distancias y lima las diferencias. Es esta la transmisión del psicoanálisis mediante la transferencia de trabajo que, partiendo de lo particular, va creando ese amor al saber. “Amor que pone a trabajar el real inconsciente”. Ese deseo de saber que será lo que crea trabajadores decididos que luchen contra la ignorancia, esclavos que trabajen por... ¿la Escuela? ¿No deberíamos decir mejor que trabajan por la defensa de la Causa? Trabajar por y para la Escuela sí, en tanto que esta sea el lugar desde donde se realice un trabajo “en el campo que Freud abrió el filo cortante de la verdad”.

María José Gómez

Experiencia de una formación

Me gusta recibir La gaceta de la ELP. Tiene algo de esa voz que cada Escuela necesita para hacer sentir a sus miembros que ella puede estar ahí, en lo que ellos dicen o hacen. Así, cuando su responsable Antoni Vicens me pidió que escribiera para ella tuve ganas de aceptar enseguida, aunque no se me escapaba la dificultad de escribir sobre la Escuela como experiencia.

El tema de la Escuela como experiencia, y como experiencia inaugural, fue largamente comentado durante todo el período de formación de la Escuela en España. Pero lo más importante es que ella misma fue y sigue siendo ocasión para que sus miembros *realicen* ese concepto de Escuela. Cada uno inaugura la escuela haciendo real su experiencia.

Cada miembro de la ELP ha tenido y tiene ocasión de hacer, en itinerarios múltiples, la experiencia de una *formación* concreta: la de ella (su Escuela) y la de ellos mismos (sus miembros) en ella. Es una apuesta sin garantía de que, quizá, todo eso llegará a producir un saber nuevo que hará avanzar al psicoanálisis.

Un saber nuevo, por ejemplo, sería cernir el vínculo que tiene cada uno con la Escuela a la que pertenece, y hacer de ello una enseñanza (en primer lugar para uno mismo). Un miembro tiene con *su* escuela una relación de pertenencia de doble dirección: ella le pertenece, en el sentido de quien se hace responsable de lo que ocurre, y él le pertenece a ella, en el sentido de que solamente puede haber experiencia de lo concreto, de lo encarnado. Y para esa realización se necesita que haya el cuerpo.

El término “concreto” conviene en relación con la experiencia, porque toda formación lo es, como el saber que interesa a efectos de transmisión. Así los colegas de la Escuela en Italia, por ejemplo, pueden recoger elementos de la experiencia atravesada en España, pero eso no les puede ahorrar la experiencia de atravesar sus propias dificultades.

Las dificultades, en una Escuela, son un nombre de lo real (si no lo son, se resuelven). Pensar la Escuela como experiencia permite entender que lo real no es uno, en el sentido de único; no se presenta igual en todas las escuelas ni en todas las épocas. De ahí la importancia de estar advertido sobre las habilidades camuflatorias que le ofrece toda institución: la primera de ellas es pasar inadvertido como normalidad.

En los días en que preparaba esta contribución, asistí a un espectáculo de danza que me hizo pensar sobre estas cuestiones de la experiencia, de lo colectivo, de la transmisión. En el mundo de lo políticamente correcto, del *sosomán* generalizado, el éxito de un hombre como Joaquín Cortés es un suceso digno de atención. Su última obra, *Live*, hace efectivamente vivir algo del duende, del arte del flamenco.

Allí el artista se apasiona, suda, provoca, pero sobre todo baila y se lo pasa bien bailando; en una palabra: goza y hace gozar del espectáculo. Sin necesidad de que el espectador sea un experto (alcanza con la afición) se percibe una intención poco usual en nuestros días. Vestido únicamente con una falda de Armani, bordada en negro, inacabable, Cortés es la imagen misma del falo. Y va a usar esa falda para bailar sobre ella, para lanzarla, para envolverse, para arrullarse, para... ¡dar una exhibición de virilidad con media bata de cola!

Como no podía ser de otro modo, los viejos patriarcas del flamenco lo han criticado por falta de purismo, por no seguir los cánones de toda la vida. Pero él ha dado una vida inédita al flamenco llenando los mejores teatros: en todos los lugares hay ahora más y más interesados (no solo en España, también en Nueva York, en París, en Tokio...). Y, lo más importante, Cortés no está solo. En el baile, en el cante, hay un movimiento de renovación, una vitalidad creciente. Nuevas figuras aparecen, hay creatividad.

Las hijas, las nietas, quizá incluso las mujeres, de los viejos patriarcas gitanos, se rinden ante tanto *arte*, en el mismo patio de butacas en que hombres y mujeres de toda proveniencia y clase social. Se reproduce en el público el efecto del espectáculo. Ninguna necesidad de términos como “diversidad” o “multiculturalidad”; se trata básicamente de un ejemplo bien llevado de des-segregación, de mezcla fecunda.

¿En qué consiste ese “arte”? ¡Ay! Eso no lo sabe nadie, dicen. Esa formación contiene el secreto de la transmisión de una generación a otra. Se podría hablar mucho de todo esto, pero en el fondo nos encontraríamos con figuras amigas del psicoanálisis: el amor, el deseo, el goce, la experiencia del encuentro, el uno por uno...

En psicoanálisis también hay una parte de arte, una parte de duende. Y se sabe que eso no pasa sin que cada uno ponga de su parte, pague, aunque sea un poquito, con una parte de cuerpo. Si no es así, para los que no están dispuestos a ceder nada, la Escuela solo es “un okupa dentro de su corazón”, en permanente amenaza de desalojo.

Unos días tiene una el corazón más flamenco que otros...

Anna Aromí

Temas de Escuela

El lugar y la función del AME en la Escuela

Lo que nombra y lo que no nombra el AME

Durante mi intervención [en enero pasado, en la Sede de Madrid] puse el acento en lo que orientaba a Lacan en el momento de inventar los títulos.

Al comienzo de la “Proposición...” de 1967 lo dice así: “Se trata de fundar las garantías con que la Escuela podrá autorizar por su formación a los psicoanalistas” y “responder por eso”. Garantías que, recordemos, él prefería fueran “durables para ser sometidas a la experiencia”.

El fundamento, presente a lo largo de toda la “Proposición”, a la vez que da valor a los títulos, lo hace en su relación a la Escuela, donde los títulos no son sino los modos que la Escuela se da para responder y garantizar la formación de los psicoanalistas.

En ese momento inaugural, el título de AME viene a introducir, junto al AE y a la inscripción de AP, en la jerarquía del “todos miembros iguales ante los derechos asociativos” el *gradus* y, con ello, la desigualdad dada por la experiencia en el psicoanálisis y en el saber. La Escuela da ese título, que no se pide, a partir del reconocimiento de los

analistas por los pares y por las pruebas dadas. Pone allí tanto a los que se autorizan por sí mismos en el ejercicio del psicoanálisis como un saber que podríamos llamar demostrable. En ese acto reconoce a los analistas de facto con un título que los nombra de derecho y, a la vez, ese título que nombra al analista garantizado por sus pares le permite romper con la jerarquía que funcionaba de hecho en la IPA.

Produce en ese acto lo que diferencia a la Escuela de la IPA y funda las garantías con las que la Escuela puede autorizar y responder por la formación de los psicoanalistas.

Ahora bien, ese reconocimiento como AME a los “analistas irreprochables de los que la Escuela dispone”, formados por Lacan, es una habilitación que Lacan dio de pleno derecho pero que no implica garantizar ni cómo se analiza, ni es una garantía sobre la persona ni sobre el ser del sujeto. Reconoce el hecho de la práctica y del saber y responde a esa distinción que la Escuela requería para garantizar la formación que dispensaba, sin mayores definiciones por parte de Lacan respecto al AME.

Hay un segundo momento, el de la “Proposición” del 67, donde le interesa la garantía como aquello que debe definirse como la relación entre el sujeto y la formación que recibe. Un analista de la Escuela es otra cosa que aquél que da pruebas de un saber y tiene una práctica o un ejercicio continuo del psicoanálisis. Así como Freud iba descubriendo y construyendo su teoría del inconsciente a partir de lo que deducía de lo que escuchaba en su clínica, podemos decir que Lacan define en la “Proposición” el título del AE como el punto donde se reúne tanto aquello que puede nombrarse como analista como de lo que espera proceda el progreso del discurso analítico.

En el AE, la nominación recae sobre el ser del sujeto, más allá de las capacidades en las que se reconoce el AME. Y del cual Lacan esperaba mucho.

Hay que decir que ya no estamos en ese momento. La renovada atención que damos a la formación del analista conviene ligarla a dos acontecimientos cruciales en la historia de la Escuela y del psicoanálisis, y que me parece pueden ser localizados, uno, en el extraordinario esfuerzo dedicado a la fundación de la Escuela Una y múltiple, Una y diversa y, el otro, a los momentos de crisis que ha atravesado.

Así, lo que me parece interroga bajo una nueva perspectiva lo que hay concernido en el AME y, en ese sentido, lo que por un lado es exigible a los AME existentes y lo que es pensable perfeccionar a la hora de dar ese título en el futuro a los que se hacen reconocer bajo esas letras, está vinculado a algo que es lo más propio de la experiencia de Escuela y que, por supuesto, implica un trabajo por hacer. Los Documentos del Comité de Acción son un excelente y fecundo ejemplo de ese trabajo por hacer.

Cuando me refiero a lo más propio de la experiencia de Escuela, hago referencia a que hoy encontramos que el AME nominado en los tiempos de la fundación de las Escuelas, donde el pase se pone en acto de un modo inédito, es un sujeto que ha entrado en el dispositivo del análisis. Es decir, es un sujeto – así lo esperaba Lacan – que puede, al término del análisis, si quiere, dar testimonio de la experiencia de su mutación entre el sujeto al final del análisis y el sujeto del inicio del recorrido.

Lo que me interroga – más allá de si quiere dar esa prueba – es esa paradoja, si puedo decirlo así, de nominación de AME y la autorización por sí mismo que adviene como efecto por haber llevado a su término un análisis. Conlleva como efecto una mutación sobre el ser y porta el título de AME.

Esos “irreprochables analistas” habilitados por Lacan, en el panorama de la Escuela hoy, se autorizan por sí mismos a partir de un análisis llevado hasta su término y por la continua exposición de su saber en la clínica y en la enseñanza.

Pero justamente es el pase el dispositivo creado como instancia donde esta mutación del ser puede llegar a ser verificada. Es la invención de Lacan para articular la garantía que la Escuela se da de la relación a establecer entre el sujeto y la formación que recibe.

¿Podemos decir que, en estos casos, investidos con el título de AME, y que han efectuado una experiencia subjetiva propia y mutados por la incidencia del acto analítico,

aunque sin dar el paso de la demanda del Pase, se pueda esperar un aporte diferente del que se esperaba en la Escuela del Acto y en la de la Proposición?

A los fines de dar una respuesta a la pregunta que se me articula frente a lo más propio del AME de la Escuela de hoy, creo que estas condiciones en las que encontramos el AME llevan los signos de una posición subjetiva que la hace apta como para permitir hacer un uso más pertinente de los AME existentes.

Es ese buen uso el que podría asegurar que el AME no se convierta en un refugio. Refugio por donde el sujeto escape del ponerse a prueba. Pero hay una pregunta que surge de inmediato: ¿de qué tendría que dar pruebas este AME? Hay algo que compete al AME de hoy y, de momento, sólo puedo apuntarlo: es hacer un uso del saber que no se reduce al uso del saber referencial. Es el saber atravesado por lo real de la experiencia misma, marcado por el agujero interno al saber.

Pero esta cuestión, por lo que a mi respecta, es un trabajo por hacer, por articular.

Como lo indica Jacques-Alain Miller en *El banquete de los analistas*, el AME es un semblante que hace falta a la Escuela. Introduce una distinción epistémica: la de una competencia reconocida por otros, la de una regularidad en la práctica.

Pero, además, el título, como quería Lacan, introduce en el “todos iguales miembros de la Escuela” una molestia que se traduce en una tensión en el funcionamiento de la estructura en la que la Escuela se inscribe. Lacan la concibió así: hecha para eso.

Si los soportes en que se apoya la nominación, de cara a la formación del psicoanalista, se pueden perfeccionar, quizás hacer un buen uso del AME estribe más bien en algo a esperar y no más bien poco. A mi modo de ver, es preciso que ese esperable se incline del lado del S1 irreductible al que lo haya llevado su experiencia analítica, como nombre del síntoma y que puede tener su interés en llamar el “estilo” de cada uno, y no como una exigencia que provenga del título. El título afecta a todos miembros, como he tratado de acentuar y, en tanto tal, queda anudado al concepto de Escuela.

Mónica Unterberger

Temas de Escuela

El Cártel

Servirse del cártel

¿Dónde están los cárteles, hoy, en la Escuela? ¿Qué uso hacemos de este dispositivo? En este primer tiempo de andadura de la ELP constatamos que la presencia del cártel en las diferentes sedes y comunidades que conforman nuestra Escuela ha sido sin duda discreta y desigual. Mientras que desde Valencia, Madrid o Bilbao con “La tarde de los cárteles” nos han venido informando del trabajo que se lleva a cabo en sus respectivos espacios, de otros lugares de la ELP no hemos recibido ecos parecidos.

En cambio, el recurso a los cárteles, como testimonia el Catálogo electrónico de 2000, es de uso común en casi todas partes, sino constante. Hay un consenso general al respecto de considerar el cártel como un instrumento útil, pero sin embargo en la práctica desconocemos sus producciones.

Entonces, útil, sí; pero ¿en qué?

Ya que “se trata de imprimir una nueva dinámica a la formación del psicoanalista en las Escuelas de la AMP” (Comité de Acción, 7/10/00), el cártel es en verdad un

instrumento útil si procedemos a resituarlo en la vía del cumplimiento de los objetivos y finalidades de la Escuela. Esto es, si nos servimos también del cartel, al igual que de la cura, la enseñanza y el control, para “poner en relación apropiada el Otro tachado y el aseguramiento de las garantías” (Comité de Acción, 7/10/00).

Por consiguiente, precisamos a todas luces en nuestra comunidad de una puesta en juego de la dimensión política del cartel que, en esta dirección, incida justamente en el anudamiento entre la Escuela y la formación del analista. Se trata, en efecto, de “organizar la contingencia”, de concretar propuestas prácticas que propicien un uso del cartel en la ELP que redunden en estrechar el vínculo entre lo local y la Escuela.

Una fórmula a tomar en consideración y a examinar, para ajustarla a nuestras necesidades particulares de trabajo y a las de la Escuela, es la de los CAL. Los denominados Cárteles de Dirección y Lazo con la Escuela (CAL) son un tipo de cárteles que vienen funcionando eficazmente en las distintas ACF de la ECF desde hace varios años. Esta modalidad de cárteles plantea, a su manera, la cuestión del vínculo de las ACF con la Escuela, a partir de la propuesta que hace la Escuela de poner al trabajo la particularidad de este vínculo valiéndose de la constitución de uno o más CAL en cada ACF. De sus producciones se decantan y extraen las coordenadas de este vínculo.

La tarea de los CAL se inicia con un tema de trabajo propuesto por el Directorio, que generalmente es el mismo que se abordará en las jornadas de la Escuela de ese año, en el próximo Encuentro internacional, etc. Se despliega un debate entre todos alrededor de las elaboraciones en curso por la lista electrónica, los espacios de cárteles y, finalmente, se vuelcan en las jornadas de los CAL.

Se trata, en definitiva, de servirse del cartel como modo de elaboración, de producción y también de publicación para anudar el trabajo de transferencia con la transferencia de trabajo. Y también para estudiar e investigar en los trabajos actuales de los cárteles aquello que puede constituir un avance significativo para la comunidad de trabajo de la Escuela. Y ofrecer a los cartelizantes la posibilidad de retomar y ampliar sus contribuciones.

Esta es una fórmula para servirse del cartel, puede haber otras...

Anna M^a Castell

Enseñanzas de los Analistas de la Escuela

Un breve comentario de lectura

En 1979 se publicó en *Ornicar?* 19 la versión establecida de la primera clase del penúltimo seminario de Jacques Lacan: *El momento de concluir*. Son cinco páginas en total, en las cuales se presenta el trenzado de los tiempos de una enseñanza vasta y compleja que mantuvo su orientación sobre el eje de la práctica del psicoanálisis y de las preguntas que ésta suscita.

De la elaboración de sus problemas cruciales fue surgiendo la lógica del discurso que le sirve de soporte, los conceptos que proporcionan el marco referencial que permite mantener su coherencia.

¿Cómo asegurarse que no se ha salido del discurso analítico, que el practicante no se extravía demasiado, o sea, que opera de acuerdo a su verdad? Los conceptos y sus

articulaciones proveen el conjunto de instrumentos de referencia pero no son, evidentemente, una respuesta perfecta a todo lo que se encuentra en la práctica. Es por eso que en su práctica el analista está llamado a responder con su acto en el lugar que suscita, que abre el paso, a un decir diferente. Allí está solo.

En las primeras líneas de esta clase encontramos la expresión con la que Lacan designa la experiencia: una práctica del parloteo (*une pratique de bavardage*). Esta práctica sólo se sostiene, afirma, por hechos de palabra y se diferencia de la psicoterapia por sus consecuencias en la medida en que éstas no se reducen a las ficciones ideales del sujeto – consistencias del ser –, sino que llegan a tocar lo real, a “deshacer por la palabra aquello que es hecho por ella”.

La palabra es, no hay que olvidarlo, lo que hace la cosa (*fêle achose – fait la chose*, señala Lacan) introduciendo una fisura en el ser que da cuenta de las formas de desconocimiento o de rechazo de lo real que le son propias.

De aquí, también, la importancia que toma la responsabilidad del analista. Un problema que es de cada uno y de la Escuela, en cuanto el punto de referencia nodal es la causa analítica.

En el curso del 22 de noviembre de 2000, Jacques-Alain Miller retoma y comienza a desarrollar, así me parece, los diferentes puntos presentes en el entramado del seminario de 1977 de Lacan poniendo sobre el tapete la renovación de una reflexión ética que se espera de los analistas si es que éstos no han de avergonzarse de su responsabilidad en lo que hacen.

La cuestión del deber del analista tiene que ponerse a prueba en cada época y no puede desligarse de ella en el ejercicio de una función que lo relaciona necesariamente a las modalidades de la demanda en la cual se detectan los efectos de los discursos actuales sobre los sujetos en la medida en que la “moral” que preconizan lo conducen a renegar, cada vez más, de lo que lo compromete en sus decisiones.

Shula Eldar

Lo que se prepara

I Jornadas de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis

y

XVI del Campo Freudiano en España

Extravíos del acto y de las normas

El acto y su borramiento

“El acto (a secas) ha lugar de un decir, cuyo sujeto cambia”(1). Esta breve definición de Lacan conjuga tres términos para darnos una lógica muy precisa de la especificidad del acto. No hay acto sin un decir, sin una enunciación en el campo del lenguaje. Y es por el acto que el sujeto de ese decir, de esa enunciación, se modifica de un modo irreversible. Ahí donde hay acto hay enunciación y hay modificación subjetiva.

La pregunta podría ahora invertirse: ¿siempre que hay un decir hay acto? ¿Siempre que hay un decir hay modificación subjetiva? La clínica nos muestra que no siempre es así y que no basta la ubicación del sujeto en la estructura signifiante para que la dimensión del acto se ponga en juego.

Pero, precisamente, el acto apunta a aquello que en la estructura del lenguaje no es reducible al signifiante, apunta a la dimensión del objeto causa del deseo en el que se funda la particularidad del sujeto de enunciación, de su decir. Es por ello que, finalmente, es más lógico decir que el verdadero agente del acto no es el sujeto de enunciación sino el objeto causa del deseo y que, ese sujeto, en todo caso, será efecto del acto. Esta nueva dimensión y esta nueva lógica del acto sólo se pondrán de manifiesto a partir del acto psicoanalítico tal como Lacan lo situará: “Nunca visto ni oído a no ser por nosotros, es decir, nunca señalado, y aún menos cuestionado, el acto analítico...” (2) En esta nueva lógica, el agente del acto es el objeto causa del deseo y el sujeto de enunciación es su efecto, lo que queda escrito en la parte superior del Discurso del Analista: $a \rightarrow \$$.

En realidad, aquí el sujeto se constituye como efecto del acto y en su propio borramiento, en su propia tachadura.

Veamos cómo esta lógica, que sólo el acto analítico ha puesto al descubierto, puede “reverberar más luz sobre el acto” (3) en otros registros. Por ejemplo, en el registro del acto obsesivo.

Recordemos aquí una breve observación de Freud en el caso del Hombre de las Ratas sobre un acto obsesivo establecido en dos tiempos: “El día en que su amada se marchó, el sujeto tropezó en una piedra de la calle y tuvo que apartarla a un lado porque se le ocurrió que, al cabo de pocas horas, pasaría por allí el coche de su amada y podía tropezar y volcar en aquellas piedras. Pero minutos después pensó que todo aquello era un disparate, y tuvo que volver y colocar de nuevo la piedra en el lugar que antes ocupaba en medio de la calle”. (4) Se trata, en efecto, de un acto en dos tiempos, cuya primera parte, como señala Freud, es anulada por la segunda. El deseo indicado en el primer tiempo, deseo que divide al sujeto, intentará ser borrado del camino en el segundo con la reintegración de la piedra a su lugar original. Pero esta reduplicación no hace más que ahondar de modo más certero la huella del deseo en el sujeto del primer tiempo. En efecto, se trata de un acto en la medida que el sujeto de la enunciación del primer tiempo ha marcado por un decir su huella en el camino. El retorno a esa huella en el segundo tiempo, el intento de borrarla, está destinado a reduplicarla sin cesar, lo que sienta las bases de la compulsión del acto obsesivo. El sujeto modificado por su decir no podrá ya eliminar del camino ese objeto irreducible que ha sido causa de su división.

Este es, por otra parte, el fin al que tiende todo acto obsesivo: eliminar el objeto causa de la división subjetiva en el que se funda el agente de todo acto. Es un fin frente al que el sujeto, rechazando su propia división, se mostrará siempre impotente, dada la imposibilidad de eliminar de la estructura ese objeto en el que se condensa su goce. Si quisiéramos escribir esta imposibilidad, podríamos invertir los términos en la lógica que nos ha mostrado el acto psicoanalítico: $S \rightarrow a/$.

Aquí es el sujeto el que, rechazando su división, intenta tachar, borrar el objeto que la causa en el acto. La imposibilidad de tal operación, imposibilidad que se traduce en la impotencia del sujeto obsesivo, volverá una y otra vez sobre él apuntando a su división más íntima sin solución posible. Así es como el acto obsesivo se instituye como impotente para borrar lo que todo verdadero acto pone de manifiesto: que el sujeto deja de ser el mismo después de haber pasado por él.

Notas: (1) Jacques Lacan, “El acto psicoanalítico”, en *Reseñas de enseñanza*, Hacia el tercer encuentro, Buenos Aires 1984, p. 47. (2) *Ibíd.* (3) *Ibíd.* (4) Sigmund Freud, “Análisis de un caso de neurosis obsesiva”, *Obras Completas*, Biblioteca Nueva, t. IV, Madrid 1972, p. 1458.

Valentia

Durante los días 12 y 13 de Mayo, Valencia, servirá de marco a las primeras y flamantes Jornadas de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis, a la vez decimosextas del Campo Freudiano en España: dejemos que los excesos, innovaciones y desvaríos de esta ciudad nos enseñen, con su barroquismo feroz, cómo se perfila para el nuevo siglo XXI la llamada “California del Mediterráneo” como algún que otro político la ha definido.

La gran inversión realizada en la Ciudad de las Artes y de las Ciencias”, del arquitecto valenciano Santiago Calatrava, el parque temático de “Terra mítica” y los grandes presupuestos en farolas y fiestas, mientras el casco antiguo se desmorona, dan cuenta de ello. La tierra de la luz y de las flores (como dice la cancioncilla boba) es el lugar ideal, para el recreo; su clima, y sobre todo la tolerancia de sus habitantes (hasta el Partido Popular, por primera vez, ha defendido una ley para las parejas de hecho frente a los obispos), la preparan para un futuro de entretenimiento, en una tierra que se distingue por la desmesura en sus fastos y oropeles.

Intentaremos cernir la cosa valenciana: algunos datos nos pueden ayudar a entender su vigoroso desarrollo, a la vez que su deflación en algunos períodos.

Valentia fue fundada por el cónsul romano Junio Bruto, dos siglos antes de Cristo. El nombre le fue dado por el valor de sus ciudadanos. También existen restos y asentamientos iberos, griegos, fenicios, godos y bizantinos, aunque las huellas más evidentes son las romanas y árabes. Pero será en los siglos XIII al XVI el momento de mayor esplendor, lo que se ha llamado “época foral”. Valencia llegó a ser la capital del Mediterráneo, ruta de almogávares y humanistas, con mayor número de habitantes que Madrid y Barcelona. Sólo unas fechas para señalar cómo el Renacimiento entra en España por la puerta de Valencia y se adelanta: primero fundando el Hospital de Locos y desamparados en 1409, que dos siglos más tarde se crearían en el resto de Europa; extendiendo la primera letra de cambio en 1376; creando la primera imprenta en 1474, que dio el primer incunable de España; y comenzando a fabricar papel por primera vez en Occidente, en la valenciana Xàtiva.

El gran poeta Ausias March supone un hito en las letras peninsulares, adelantándose ideológicamente y estéticamente incluso a Garcilaso de la Vega (recomiendo encarecidamente los trabajos de nuestro colega Miquel Bassols sobre el ilustre poeta en *Uno por Uno* 41 y en *Lapsus* 5). Junto con Jordi de Sant Jordi, Joanot Martorell fue un gran exponente de literatura más avanzada.

El humanista Luis Vives, nacido en 1492, atacó las inquisiciones y recomendó la introspección y el autoexamen como formas de obtener la salud espiritual; por ejemplo, acerca de la locura, dice que habría que probar un tratamiento adecuado a cada individuo: algunos requieren amables cuidados; otros quizás necesiten coerción u obligaciones, pero, sobre todo, ello habrá que hacerlo siempre de forma que pacifique y conduzca a la recuperación.

Nuestro parodiado santo y milagrero, Vicente Ferrer, en 1383, junto con los jurados manda concentrar todas las mancebías en un sector de la ciudad, dando lugar a un recinto cerrado que llegó a ser famoso en toda Europa por su orden e higiene. Los caballeros dejaban las armas y el dinero a la entrada para evitar tropelías, médicos expertos cuidaban esta *Pobla de fembres pecadrius* elogiada por Juan de Mena y descrita por el caballero flamenco Antoine de Labaign, que en su obra de 1501 describe sus fastuosos jardines, sus cuatro calles, con espléndidas casas y lugares para comer; también da cuenta de las famosas

sedas valencianas, con las que iban ataviadas las mujeres. En estos momentos es la ciudad mas galante de Europa.

Durante el Romanticismo atrae a viajeros como Gustave Doré, Sthendal, Merimée y T  ophile Gautier, que hablar   de “esos demonios del paraíso de la Huerta”.

También, desde hace mil años, Valencia se toma la justicia por su mano y en el Tribunal de las Aguas, que reúne la jurisdicción de siete acequias del Turia, se administra la ley en blusa y alpargata entre el parloteo y el “*calle vost   i parle vost  *”. A pesar de su equidad proverbial, no evitó que en épocas de sequía las disputas entre colindantes derivasen hacia el escopetazo alevos: ahora las querellas por el agua han perdido virulencia, pero las historias que contaba don Vicente Blasco Ibáñez no eran inventadas.

La última fecha que quisiera señalar es la de 1937. Valencia, que era capital de la República, acoge el Primer Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, C.I.E.A., un gran acontecimiento donde se dieron cita Bergamín, Renau, Max Aub, Hemingway, Malraux y tantos otros.

Para finalizar un breve comentario sobre la gran fiesta: las fallas (del latín *facula*, antorcha) nos proporcionan el más alto exponente del saber valenciano sobre lo efímero. Desde el siglo XVI, se quemaban los trastos en la calle, cuando terminaba el invierno; después fueron los burlescos *ninots*. Pero no olvidemos los petardos – *carcasses, masclets, piulets, tronadors, canterelles* – y su combinación en un *engraellat*. Y la “cordada”, un espectáculo de sonido atronador, que envuelve a la ciudad durante una semana. Por la noche, los fuegos artificiales, el arte que muere en el instante mismo en que nace – “como el relámpago; antes que deje ser, no puede ni decirse: relampaguea” – inunda la ciudad de color y estallan formas que se intentan innovar cada año, con imaginación e ingenio. Finalmente, se queman las fallas: miles de millones de trabajo y esfuerzo para demostrar machaconamente que la malicia es mortal, y que la belleza no dura eternamente, cuestiones indiscutibles pero que en esta ciudad se renuevan todas las primaveras.

Queridos colegas: no se pierdan el mes de mayo en este marco tan adecuado para hablar de lo que se desborda y escapa a toda ley, donde ustedes mismos podrán descubrir aspectos de esta desmesura y mientras los desamparados se reúnen en la plaza de la Seo para acompañar a su Virgen, algunos desengañados conversaremos de los extravíos del acto y de las normas en el Palacio de Congresos. Hagan su reserva e inscripción. Como dice el dicho: *pensat i fet*.

Carmen Carceller

Placita

Les dije que el psicoanálisis se inició como una terapia, pero no quise recomendarlo al interés de ustedes en calidad de tal, sino por su contenido de verdad, por las informaciones que nos brinda sobre lo que toca más de cerca al hombre: su propio ser; también, por los nexos que descubre entre los más diferentes quehaceres humanos. Como terapia es una entre muchas, sin duda *primus inter pares*. Si no tuviera valor terapéutico, tampoco habría sido descubierta en los enfermos mismos ni desarrollado durante más de treinta años.

Sigmund Freud, 34^a Conferencia de introducción al psicoanálisis, 1933

De donde el inconsciente (...) nos recuerda que, a la vertiente del sentido, (...) el estudio del lenguaje opone la vertiente del signo.

¿Y cómo el síntoma, lo que así se llama en el análisis, no trazó ahí el camino? Esto hasta Freud, que hizo falta para que, dócil a la histérica, pasara a leer los sueños, los lapsus, incluso los chistes, como se descifra un mensaje cifrado.

Jacques Lacan, *Télévision*, 1974

Se trataba en ese tiempo [el del Seminario *Le Sinthome*] para Lacan – ¿quién lo captó? – del cuestionamiento más radical jamás formulado del fundamento mismo del psicoanálisis, conducido a partir del síntoma como fuera-de-discurso.

Jacques-Alain Miller, “Préface”, a *Joyce avec Lacan*, 1987

La Gaceta del Consejo es un boletín mensual de difusión electrónica estinado a los miembros de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis del Campo Freudiano en España

Responsable de la publicación: Antoni Vicens
